

Mensaje seis

El Dios del pacto y los pactos que hizo

(1)

Los pactos principales que Dios hizo con el hombre

Lectura bíblica: Gn. 3:15; 9:8-17; Gá. 3:14, 16, 29; 2 S. 7:12-14a;
Éx. 24:1-8

I. El pacto que Dios hizo con el hombre caído se puede ver con la simiente, la descendencia, de la mujer en Génesis 3:15:

- A. Cristo como simiente de la mujer se refiere al Cristo encarnado, el Dios completo que llegó a ser un hombre perfecto al impartirse a Sí mismo en la humanidad con el fin de destruir a Satanás y salvar del pecado y de la muerte a los que creen en Cristo—v. 15; Is. 7:14; Mt. 1:16, 20-21, 23; Gá. 4:4; Jn. 1:1, 14; 8:58; He. 2:14; 1 Co. 15:53-57.
- B. “Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer”, para redimirnos jurídicamente; y “Dios envió [...] el Espíritu de Su Hijo”, la transfiguración de Su Hijo, para “hijificarnos” a fin de salvarnos orgánicamente—Gá. 4:4, 6; 3:13-14.
- C. El Cristo resucitado como Espíritu vivificante es el descendiente de la mujer que fue transfigurado, quien se imparte en nuestro ser para aplastar en nosotros la cabeza de la serpiente y hacernos la descendencia corporativa de la mujer, el victorioso hijo varón, a fin de ejecutar el juicio de Dios sobre la antigua serpiente y ser el instrumento dispensacional de Dios que cambia la era e introduce la manifestación del reino de Dios—Ap. 12:5.
- D. El Señor, el Vencedor principal (3:21), es la Cabeza, el centro, la realidad, la vida y la naturaleza del hijo varón, y el hijo varón como los vencedores que le siguen, es el Cuerpo del Señor:
 - 1. Si queremos llegar a ser el hijo varón debemos ser fortalecidos diariamente en nuestro hombre interior con poder para experimentar las riquezas de Cristo, y para estar firmes al ponernos el Cristo todo-inclusivo como la armadura, al recibir la palabra con toda oración—Ef. 3:8-9, 16; 6:10-20.
 - 2. El poder espontáneo de la vida de Cristo, quien es la semilla de vida, hiere la cabeza de la serpiente en nosotros cuando aplicamos la sangre del Cordero, hablamos la palabra de nuestro testimonio y no amamos la vida de nuestra alma hasta la muerte—Ro. 8:2; Ap. 12:10-11; Hch. 1:8.

Mensaje seis (continuación)

II. El pacto que Dios hizo con Noé y el arco iris como señal de Su pacto significan que somos la iglesia del pacto, que vivimos en la realidad del nuevo pacto de gracia—Gn. 9:8-17:

- A. El arco iris alrededor del trono de Dios significa que Dios es el Dios del pacto, el Dios fiel, quien guardará Su pacto mientras ejecuta Su juicio sobre la tierra—Ap. 4:3; Ez. 1:26-28.
- B. Los tres colores primarios del arco iris son azul (el color del trono de zafiro, el cual representa la justicia de Dios, v. 26; Sal. 89:14); rojo (el color del fuego que santifica, el cual representa la santidad de Dios, Ez. 1:4, 13, 27; He. 12:29); y amarillo (el color del electro refulgente, el cual representa la gloria de Dios, Ez. 1:4, 27; He. 1:3):
 - 1. Cristo murió en la cruz para satisfacer los requisitos de la justicia de Dios, la santidad de Dios y la gloria de Dios, y fue resucitado para ser nuestra justicia, santidad y gloria—Gn. 3:24; 1 Co. 1:30.
 - 2. Cristo mismo, representado por el arco iris de justicia, santidad y gloria, es el pacto de Dios dado a Su pueblo—Is. 42:6; He. 8:10-12.
 - 3. Cristo es la sabiduría que Dios nos ha dado, al transmittirse a nosotros como justicia (a fin de que renaciéramos en nuestro espíritu), santificación (a fin de que seamos transformados en nuestra alma) y redención (a fin de que seamos transfigurados en nuestro cuerpo)—1 Co. 1:30; Ro. 8:10; 12:2; 8:23; Ef. 5:25-27.
 - 4. En la eternidad como la Nueva Jerusalén (una ciudad cuyos cimientos tienen la semejanza de un arco iris, Ap. 21:19-20), nosotros seremos un arco iris que testifica de la fidelidad de Dios a fin de cumplir Su nuevo pacto al hacernos exactamente iguales a Él como justicia, santidad y gloria—vs. 10-11.
 - 5. La realidad espiritual de este arco iris debe manifestarse en la iglesia hoy; para ello, debemos permitir que Dios nos llene con Su presencia de justicia al darle la plena oportunidad de forjarse en nosotros como fuego de santidad, para Su esplendor de gloria a través de nosotros—1 Co. 1:30.
- C. El arco iris es una señal de la fidelidad de Dios en guardar Su pacto según el cual ya no habrá más juicio de muerte; debemos

Mensaje seis (continuación)

vivir bajo el nuevo pacto y no debemos creer en ningún fracaso, debilidad, tinieblas o cosa negativa; somos el pueblo del pacto, y tenemos un versículo de promesa para cualquier situación— Lm. 3:22-23; Ro. 8:1; 2 Co. 12:9; 2 Ti. 1:10; 2:1; Jud. 24; 1 Jn. 1:9; 1 Co. 1:9.

- D. Todas las realidades neotestamentarias de Cristo tipificadas en la vida y obra de Noé nos han sido legadas por pacto—cfr. Gn. 6:8, 13-18; 8:4, 18; Jn. 10:28-29; 1 P. 3:20-21; Ro. 6:3-4.

III. El pacto que Dios hizo con Abraham consiste en que Cristo como descendencia de Abraham es para bendición de todas las familias de la tierra; la descendencia única de Abraham, el postrer Adán, fue hecho Espíritu vivificante—Gn. 12:2-3, 7; 17:7-8; Gá. 3:14, 16, 29; 1 Co. 15:45; Jn. 12:24:

- A. El Cristo resucitado es el Espíritu vivificante y, como tal, es el descendiente transfigurado de Abraham, la descendencia de Abraham, impartido en nosotros a fin de hacernos hijos de Abraham, la descendencia corporativa de Abraham, aquellos que pueden recibir y heredar al Espíritu consumado, quien es la bendición de Abraham—Gá. 3:7, 14; 4:28:
1. El aspecto físico de la bendición que Dios prometió a Abraham fue la buena tierra (Gn. 12:7; 13:15; 17:8), la cual tipifica al Cristo todo-inclusivo como Espíritu vivificante y todo-inclusivo (1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17).
 2. Cristo como Espíritu vivificante es la bendición de Abraham (Gá. 3:14), la realidad tanto de la descendencia de Abraham como de la buena tierra que le fue prometida a Abraham; nuestra bendición hoy en día es Dios mismo, quien está corporificado en Cristo y se hace real como Espíritu, a fin de impartirse en nosotros para nuestro disfrute.
- B. Mediante el oír con fe, podemos recibir a Cristo continuamente como Espíritu vivificante y todo-inclusivo, a fin de que Él crezca en nosotros como la descendencia de Abraham, y nosotros podamos disfrutarle a Él como la tierra prometida a Abraham—vs. 2, 5; 2 Co. 4:13:
1. Para recibir al Espíritu debemos tener un oído para oír lo que el Espíritu dice a las iglesias (Ap. 2:7; cfr. He. 5:11-14); la medida del Espíritu que pueda ser impartida en nuestras

Mensaje seis (continuación)

partes internas depende de la medida en que oigamos (Mr. 4:23-25; Mt. 13:14-16; 5:3, 8; Lc. 10:38-42).

2. Debemos ser uno con Cristo como Salvador-Esclavo, amándole a lo sumo y tomándole como nuestra consagración absoluta, dándole un camino para que abra nuestro oído a fin de escuchar Sus instrucciones divinas, Sus mensajes frescos, los cuales imparten en nosotros al Espíritu divino para que sirvamos a Dios en nuestro espíritu en el evangelio de Su Hijo—Éx. 21:1-6; Is. 50:4-5; Fil. 3:3; Jn. 6:63; 2 Co. 3:6; Ro. 1:9.

IV. El pacto que Dios hizo con David consiste en que el Cristo resucitado como descendencia de David, lleva a cabo la economía neotestamentaria de Dios a fin de impartir al Dios Triuno procesado en los miembros de Su Cuerpo—2 S. 7:12-14a; Ro. 1:3-4; Sal. 89:3, 28:

- A. El Señor de David en Su divinidad, la Raíz de David, se encarnó y llegó a ser el hijo de David, el Retoño de David, en Su humanidad, a fin de ser el postrer Adán; y el postrer Adán, el hijo de David, fue resucitado para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios y el Espíritu vivificante, un descendiente transfigurado de David que se impartió en nosotros para hacernos los muchos hijos de Dios y los co-reyes de Cristo—Mt. 22:41-46; Ap. 22:16; Jn. 1:14; 1 Co. 15:45; Jn. 12:24; Ro. 8:28-29; Hch. 13:33; Ro. 5:17.
- B. El Señor de David llegó a ser el hijo de David para efectuar la redención jurídica de Dios; el hijo de David (la descendencia de David) como Espíritu vivificante llegó a ser el Hijo primogénito de Dios para llevar a cabo la salvación orgánica que Dios efectúa.
- C. El Cristo resucitado como Espíritu vivificante es el descendiente transfigurado de David, la descendencia de David, que se ha impartido en nosotros como las misericordias firmes de David, Su pacto eterno, para nuestro disfrute—Is. 55:1-3, 6-11; Hch. 13:33-35.
- D. El Cristo resucitado como Espíritu vivificante es el descendiente transfigurado de David, la descendencia de David, que se ha impartido en nosotros para que participemos de Su reinado en Su resurrección en el reino eterno de Dios—2 Ti. 2:12; Ap. 20:4, 6.

Mensaje seis (continuación)

E. El Cristo resucitado como Espíritu vivificante es el descendiente transfigurado de David, la descendencia de David, la semilla del reino, que se ha impartido en nosotros para hacernos los hijos del reino, que reinan en vida para vivir en la realidad del reino a fin de ser trasladados por Él y regresar junto con Él en la manifestación del reino como la piedra corporativa que desmenuza para destruir los reinos de este mundo, y llegar a ser un gran monte, el reino de Dios, que llena toda la tierra—Mr. 4:26; Mt. 13:18-23, 38; He. 11:5-6; Gn. 5:21-24; Dn. 2:34-35.

V. La ley había sido promulgada en el monte de Dios, pero todavía era necesario que la ley con sus ordenanzas fuese puesta en vigencia en calidad de pacto—Éx. 24:1-8:

- A. El propósito eterno de Dios es obtener un pueblo que sea Su complemento, Su expresión y Su morada; a fin de cumplir tal propósito, Dios tiene que impartirse en Su pueblo escogido y forjarse en ellos:
1. Desde el principio Dios no tenía la intención de darle mandamientos al hombre para que los guardara, ni tampoco que el hombre realizara tareas para Él; asimismo, al conducir a los hijos de Israel al monte de Dios, Su intención no era darles una lista de mandamientos divinos a manera de requisitos que ellos debían cumplir.
 2. Más bien, Su intención era conducir a Su pueblo a Su presencia a fin de poder revelarse a ellos e impartirse en ellos por medio de Su hablar—cfr. 34:28-29.
 3. Sin embargo, el pueblo de Dios no captó la intención de Dios; su concepto natural, caído y religioso era que Dios quería que ellos hicieran ciertas cosas para Él, y ellos creían que podían hacerlas—19:8; 24:3, 7.
 4. Debido a que éste era el concepto de ellos, Dios tuvo que darles mandamientos, promulgando la ley (el antiguo pacto) para mostrarles cuán elevados son Sus requisitos y cuán incapaces eran ellos de cumplirlos—Ro. 8:3, 7-8.
- B. En el nuevo pacto el justo requisito de la ley se cumple en nosotros espontánea e inconscientemente al andar conforme a nuestro espíritu mezclado junto con la operación interior de la ley del Espíritu de vida—vs. 4, 2.